

Aportes existenciales para comprender la identidad en el contexto de la sociedad dual contemporánea

Miguel Angel Maciel González

“Se hace camino al andar.”

Antonio Machado

Identidad sí, esa ¿Cualidad? ¿Cantidad? ¿Ambas? o ¿nada de eso y por lo tanto un quien sabe? que la podemos articular a través de dos espejos con tres cristales: un microscopio (que urge en lo orgánico cotidiano las esferas de nuestra intimidad con los pares), un telescopio (que nos mira en perspectiva en general con el conjunto de los otros yoes y tues, es decir en lo que imaginariamente llamamos sociedad¹). Los cristales son nuestras interacciones, el trabajo y los afectos. Esta triada (aunque no la única) supone una propuesta para ir conociendo y desconociendo lo que desde mi punto de vista está sucediendo en nuestro tiempo con el problema de la identidad.

Según Jesús Martín Barbero hasta hace apenas unos veinte años, nuestra sociedad se le consideraba como integral, es decir, implicaba dos especies de movimientos interrelacionados. El primero de ellos se caracterizaba por hacer que las personas en general fueran incluidas en el esquema dominante de racionalización industrial, aunque sólo fuera para quitarles lo poco o mucho que pudieran producir, en ese sentido la lógica del sistema al menos les daba un trabajo relativamente seguro para arrancarles el plus valor que se generaba en el desarrollo de sus labores.

No obstante (y aquí va el segundo), la unificación estaba dada también a partir de que la explotación de la que eran objeto no era una situación abstracta y/o sin consecuencias, pues ciertos sectores empresariales y paraestatales que expropiaban la riqueza, tenían que pagar la factura (legítima) de establecer instituciones que garantizaran la seguridad y el bienestar social de la población.

Con la descomposición del bloque soviético y la caída del muro de Berlín, asistimos a la emergencia de un tipo de sociedad que no rinde tributo a la consagración de un equilibrio difícil entre individuo, sociedad y ¿estado?, sino a la ruptura de esos supuestos de la primera modernidad² y por tanto al advenimiento de un escenario (quien sabe si social) en donde hay una división entre integrados y excluidos, es decir, una sociedad dual, sin reservas, franca y abierta sin el compromiso directo con quien se manifiesta como marginal.

Esta nueva manifestación nos coloca en un desafío interesante acerca de qué, quién, cómo, por qué y para qué soy, pues los ejes que podían mediar en la anterior conformación social, se han desviado y nos encontramos al lado del camino impotentes para reparar lo que antes fue, y/o peor esperando a que llegue una ayuda que desde hace ya algún tiempo quedó varada mucho antes que nosotros. Ante esa indefensión pareciera ser que las rutas del nuevo arado social tendrían que reconstituirse quizá ya no de un gran proyecto de cooperación societal, sino en los términos de la anuencia de mi propio yo o al menos con las personas cercanas. En este nivel, si ya no hay nadie a quien pedir o a quien solicitar una posible compensación ante nuestros desazones ¿cómo poder vivir juntos?, como dice Alain Touraine. O quizá, en qué medida tiene sentido tramitar un techo compartido cuando nadie lleva la luz a casa.

Esta idea se coloca en un plano más desafiante cuando nos remitimos al mundo laboral. En efecto, en esta sociedad que va poco a poco arremangándose, uno de sus principales valores tiene que ver con el desarrollo de conocimiento (sobre todo técnico), aplicable para la resolución de problemas concretos, eso no sería un conflicto para los cientos de miles de trabajadores que constantemente se

¹ La sociedad como imaginario incluye la representación simbólica que en la articulación subjetividad/objetividad nos legitima las aspiraciones y expectativas que tenemos sobre una invención que pensamos que es natural como lo indican los fenomenólogos.

² Basada en la supuesta creencia de que los procesos industriales que propiciaban la capacidad de menor trabajo y mayor posibilidad de tiempo libre combinado con la expansión ilustrada de una ideología que ponía por delante en el escenario a la ciencia y la filosofía, eran garantes de la emancipación y felicidad universal humana.

enfrentan a situaciones donde requieren el manejo de destrezas para la solución de actividades y/o funciones, la cuestión es cuando esos saberes (que debe poseer alguien) en un lapso breve de tiempo llegan a colapsarse porque se ubican fuera del lugar de las nuevas exigencias que plantea la realidad planificada por el mercado.

En ese sentido, quien desempeña cierta labor tiene que estar continuamente no sólo actualizándose, sino también tiene simultáneamente que competir con otros más, que hacen lo mismo y encima de todo tener la “flexibilidad” para montarse y desmontarse en y de los escenarios que le van presentando, incluyendo el hecho de que tenga que cambiar de país (no si quiere y/o puede, sino que debe y tiene si anhela poseer cierto grado de “competencia”).

En esta dimensión, la idea de hacer migas con sus colegas trabajadores, de apropiarse de un espacio para la reflexión y/o la crítica, organizarse para la defensa de sus derechos o al menos para sentarse a contemplar y/o autocontemplarse ya no se puede porque se constituyen como bienes de alto costo ¿para quien lo contrata?, que va, para el mismo.

Así pues en esta especie de segunda modernidad³, hay otra pregunta que gira en nuestros alrededores; ¿y el vínculo con nuestros pares?, más específicamente que pasa con el amor de nosotros hacia ellos y/o de ellos hacia nosotros.

En este aspecto, el asunto de la desregulación misma del capital, no sólo se está planteando para la economía monetaria, sino además de forma paralela se está aplicando a un sentimiento que cada vez podría llamarse menos amor y más pasión. ¿Cómo es esto?, una respuesta puede ubicarse en el hecho de que uno de los fenómenos que acompaña a esa flexibilidad en la economía es el asunto del consumo, es decir, quitar barreras que normen el intercambio y lo que se cambia implica eliminar un contrato ético entre los negociadores y ver cualquier fenómeno de la vida como mercancía susceptible de ser comercializada y por lo tanto consumida, pero como se van alentando artificialmente ciertas necesidades, los objetos consumibles van perdiendo su capacidad de compra porque ya no representan el gusto de los consumidores ansiosos de experimentar esas cosas de tal forma debe existir la capacidad para que la economía deseche lo que ya satisfizo y/o lo que ya no sirve para sobrevivir, cuestión que puede hacer si se “aligeran” las normas que ven los productos humanos más como trabajo y no como objeto a aceptar o expulsar.

En tanto el amor entre dos es un asunto humano y como tal se construye con las condiciones de la época y como una de las características de este periodo es consumir y desechar con inmediatez, entonces ¿por que no se tendría que hacer lo mismo con el amor?

En este plano los amores (aunque claro no en un plano absoluto) que parecían una condición de estabilidad porque suponía que dos individuos encontraban en ellos mismos las condiciones para satisfacer el binomio romance-sexo y por lo tanto no requerían de perder la vista hacia otras circunstancias, es ahora algo que se piensa como si fuera slogan comercial; “porque dejar las puertas cerradas a otras posibilidades que pueden ser más placenteras”.

Con este lema de batalla, anida una supuesta congruencia con lo que nos pasa actualmente, en el hecho de que si el mundo global nos arroja a trabajar sólo con nuestras propias armas y en contextos desconocidos y cambiantes, entonces yo tengo que hacerme responsable de mi mismo (claro es una forma de ocultar que las cosas no son así) y ya no le debo a nadie la posibilidad o no de sancionarme para estar o no satisfecho. En este caso si la satisfacción sólo parte de mi y de lo que mis sentimientos “quieran” hacer con el mundo, puedo de tal forma contribuir a sumar amores de época, a enflacar mis sentimientos en función de cómo un alimento me sacie o me deje de gustar. Se contribuye entonces a experimentar con alguien mientras sea del agrado de ambos y cuando no, las palabras salen sobrando y las personas se van fluyendo hacia otros destinos en lo que el sociólogo polaco Zygmunt Bauman llama amor líquido.⁴

³Si el sueño preciso de nuestra humanidad (al menos la occidental) es la capacidad de ser felices (cuestión altamente ideológica), la era global empaqueta ese supuesto destino a través ya no de la ilustración ni del viejo industrialismo, sino en un sociedad basada en la solución técnica de cualquier problema y de la supeditación de la armonía humana al reino del consumo, ambos con dos características: eludir a toda costa que los problemas técnicos se devuelvan a una dimensión humana más amplia porque eso cuesta y no da satisfacción y desmotivar a que en la agenda de nuestras inquietudes no anote con tinta permanente su teléfono la voz del compromiso duradero.

⁴Lo líquido implica un estado no sólo de devenir de una sustancia, sino que puede tomar varias formas dependiendo del recipiente en donde se ubique, así el amor líquido elimina los compromisos de largo plazo,

Los aspectos señalados con relación a sociedad, trabajo y amor son pistas de los pros y contras que está engendrando esta sociedad global que hace su aparición, esto para que podamos quizá construir un proyecto político que contribuya a reencontrarnos como seres humanos en un contexto que en cierta forma resulta menos dolorosa y si más punzante.

Referencias

- [1] Bauman, Zygmunt, (2002), **Modernidad líquida**, Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica.
- [2] Bauman, Zygmunt, (2005), **Identidad**, Buenos Aires, Ed. Losada.
- [3] Pereira, G., José Miguel y Villadiego, Prins, Mirla, (2004), **Tecnocultura y comunicación**, Colombia, Ed. Pontificia Universidad Javeriana, Colección Biblioteca Profesional. *Línea Comunicación, medios y cultura*.
- [4] División de Ciencias Sociales y Humanidades, (No. 50, No 21, enero-junio de 2001), "Trizas y trazas del sujeto", en: **Iztapalapa 50 El sujeto construcción y reconstrucción, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades**, México, Ed. UAM-I.
- [5] Laverde, Toscano, María Cristina, (2004), **Debates sobre el sujeto, Perspectivas contemporáneas**, Bogotá, Ed. Universidad Central Departamento de investigaciones-Siglo del Hombre Editores.

camina y anda sin pensar y aparece con diferente humores en función de las parejas que han decidido tomarlo tan solo un momento.